



[En el Xerón](#) | [Nombrar las Cosas](#) | [Los Filos del Dado](#) | [En Sepia](#)

Boletín No. 36, octubre 2015

Nombrar las cosas

Fiesta de la cubanía: Una celebración por el Día de la Cultura Cubana.

Por: Juventina Soler Palomino



La ciudad de Bayamo cada año se prepara para la celebración de la cubanía, o lo que es igual: el Día de la Cultura Nacional. La provincia completa se engalana para el advenimiento del grito de Viva Cuba Libre, el 10 de octubre de 1868 en el ingenio La Demajagua, durante la Semana de la Cultura en Manzanillo; posteriormente celebramos en la Fiesta de la Cubanía el día de la Cultura Nacional desde el 17 de octubre y hasta el 20. Este año la Fiesta... estará dedicada a las Guerras de Independencia, a los 50 años de la revista Casa de Las Américas y a la cantante Celina González.

A la ciudad acudirán intelectuales y artistas que con una programación que abarca todas las manifestaciones se unirán a los festejos. Además están invitados Reynaldo González, Premio Nacional de Literatura y el escritor y dramaturgo para niños Omar Felipe Mauri. Las distintas instituciones culturales tendrán su programa que aportará a los festejos la visión que de la cubanidad poseen para proyectar al público asistente a cada una de las actividades.

La sede del Comité Provincial de la Uneac en Granma también ha diseñado una programación según sus intereses. Durante los días 17, 18 y 19 se harán recitales de poesía, presentaciones de revistas y libros de la editorial Unión, además de la inauguración de exposiciones de Artes plásticas; sesionarán, también los espacios fijos de música y Artes escénicas. A continuación las actividades de la Filial de Escritores de la Uneac en Granma:

Día: 17 de octubre

Lugar: Sede de la Uneac. Hora: 10:00 am.

Presentación del Número 85 de la revista Unión

Presentador: Alejandro Ponce Ruiz.

Recital de poesía.

Invitados: Lucía Muñoz, Juventina Soler, Luis Carlos Suárez y Abel Guerrero.

Día: 19 de octubre

Lugar: Sede de la Uneac. Hora: 4:00 pm.

Presentación de la revista La Gaceta de Cuba.

Presentador: Ludín Fonseca. Historiador de la ciudad de Bayamo.

Lectura de narrativa. Invitados: Arsenio Rosales, Luis Carlos Suárez y Erwin Caro.

[subir](#)

[En el Xerón](#) | [Nombrar las Cosas](#) | [Los Filos del Dado](#) | [En Sepia](#)

Boletín No. 36, octubre 2015

En el Xerón

Memorias de la Fiesta de la Cubanía 2014.

Fotos: Noel Matos



Presentación de la revista Papalote



Miniferia de libros



Presentación del libro *La aguja en el pajar, contextos culturales cubanos*.



Entrevista por Zeide Balada a la escritora del libro.



Espectáculo *Cien toneladas de salsa*

[subir](#)



Los Filos del Dado

El aliento martiano y el cine nuestro.

Por Juan Ramírez Martínez.

Desde hace mucho tiempo vengo tratando de descifrar una incógnita que a ratos aparece en muchos de los que me rodean y es entonces cuando recuerdo que el crítico de cine contemporáneo se empeña más en demostrar cuanto sabe de lenguaje y de historia del cine que en el análisis objetivo y subjetivo de la obra en cuestión y por tanto olvida, a veces, ir a la esencia, o sea al espíritu de la obra artística. La obra de arte primero transmite emociones al que la aprecia, sea especialista o no y luego, aquel que conoce las reglas de la creación, aunque no sea creador, comienza a buscar los detalles de la composición para ver si se ajustan o no a los cánones establecidos por y para la disciplina. Tomando como pretexto esta introducción puedo ir más allá: ¿Cuántos de los que ahora leen estas reflexiones han escuchado alguna vez a alguno de los comentaristas y redactores hablar de la influencia de la obra martiana en una u otra cinta de las realizadas en Cuba? Creo que será muy difícil responder afirmativamente.

Mucho se habla de Martí por nuestros días y de su decisiva influencia en nuestro proceso social, pero con la rara excepción de los artistas de la plástica y de algunos ensayistas, son muy pocos los artistas que tengan incluido a Martí y su pensamiento de una manera tácita y consciente en sus obras. No obstante ello les aflora un Martí que ni ellos mismos saben que existe en sus adentros ni las causas de por qué existe. Los escultores recrean a un Martí tomado de fotos y muchos otros que se hacen llamar escultores recrean a otro Martí que más bien parece una imagen tomada del surrealismo. La iconografía plana martiana es muy rica y más rica aún la verborrea que sobre su obra y vida se escucha por muchos que son conminados en ocasiones a hablar del tema. Para ver a Martí en el cine o mejor dicho en el audiovisual nuestro, es menester que se acerque una efemérides relacionada con nuestro Héroe Nacional o sencillamente que se le haga un encargo a un realizador determinado. Muy pocas veces han surgido de la espontaneidad como solía suceder en una serie muy corta de trabajos realizados por el ICAIC en sus primeros años o en documentales donde resaltan los creados por el inigualable Santiago Álvarez.

La imagen de Martí en el cine hecho en Cuba comenzó a aparecer antes del 59 de manera muy esporádica y no fue hasta el año de su centenario (1953) que El Estado como tal se preocupó por hacer una cinta que dignificara la figura y recuerdo de El Apóstol (La Rosa Blanca). Se hizo una película conjuntamente con Méjico y con la dirección de El Indio Fernández que si bien no fue o no es una obra de muy mala calidad, en aquel momento fue rechazada y hasta hace muy poco estuve creyendo lo que había oído decir de esa película por algunos críticos: “es un bodrio y se ofende la imagen de Martí”. Hoy, que por pura casualidad la cinta ha llegado hasta mis manos, al cabo de 52 años de estrenada, pienso que se fue injusto con la misma y su realizador y que los colegas que tanto me repetían en conferencias de que era una obra pedestre, estaban hablando como músicos de oídos. Lo que sí queda claro es que el resto del cine prerrevolucionario carecía de un total espíritu martiano.

Triunfa la Revolución del 59 y todo parece indicar que abordar el tema de una película sobre Martí hace temblar a muchos por la inmensa responsabilidad que eso requiere. Muchos son los que dicen que el tema de Martí está ausente de nuestro cine, pero cabría entonces hacerse otra pregunta: ¿Y no está siquiera el aliento Martiano en nuestro cine?

En el alegato del Moncada Fidel dejó claro y demostrado, por demás, que su aliento y su doctrina eran absolutamente martianos. Años más tarde, con su obra, quedó por sentado que el país y la educación seguían los postulados martianos al pie de la letra. Los principios que nos legó El Maestro en su corta trayectoria a través de su ejemplo y de su amplia bibliografía se ha ido patentizando en cada una de las esferas sociales de nuestro alargado y caluroso archipiélago.

Casualmente llegó a mis manos el Diccionario del Pensamiento Martiano y me puse a hojearlo. Abrí al zar la página dedicada a la palabra “Patria” y encontré frases como estas “... la patria se levanta sobre los hombros unidos de todos sus hijos. No se tiene el derecho del aislamiento: se tiene el deber de ser útil”. ¿Y en qué otra cosa se empeña nuestro cine si no es el deber de ser útil a todos en la consagración del pensamiento y la cultura?

“Las cosas patrias están siempre rebosando en el alma, y hablan demasiado cuando comienzan a hablar” Esta es otra de sus enseñanzas y sucede que surgen cintas que hablan de la patria y la ponen al ojo de todos en pantalla para que sepamos de nosotros mismos y veamos donde radican nuestros defectos y virtudes y es entonces cuando aparecen críticos mojigatos buscando curvas en la línea recta. Muchos son los ejemplos, y desafortunados algunos filmes, por “decir demasiado”, según algunos, pero solo dicen las cosas de la realidad para engrandecer la patria más un reducido grupo de cerebros apocalípticos no es capaz de ver el alma de las cosas y centran su atención nada más que en el cuerpo, en la cosa material a veces deformada por una visión predispuesta y miope, que muere. Cada frase que leía me obligaba a remitirme a la fuente citada y de ese modo pude ver que eran infinitas las frases que

evidenciaban mis conjeturas, tanto fuera como dentro de sus contextos. Y mucho más del pensamiento de Martí se descubre en cada página del texto citado, tanto como para poder extendernos posteriormente en un análisis más casuístico y pormenorizado con ejemplos más concretos desde el punto de vista en que hoy abordo el tema.

De manera que el cine cubano contemporáneo, quiera o no, lleva siempre su aliento martiano pues en esas doctrinas fuimos educados. Nos enseñaron a leer y a pensar. Solo hay que leer a Martí con detenimiento y descubriremos su aliento en nuestro interior, en el interior de nuestro cine. A Martí se lleva dentro y por ello afloran en nuestro audiovisual los postulados éticos y estéticos de El Maestro.

[subir](#)



[En el Xerón](#) | [Nombrar las Cosas](#) | [Los Filos del Dado](#) | [En Sepia](#)

Boletín No. 36, octubre 2015

En Sepia

Norge Céspedes (Manzanillo, 1975).

Escritor y periodista. Labora como editor en Ediciones Matanzas, ciudad donde actualmente reside. Es miembro de la Uneac.



Palmas Altas (o San Antonio) que estás en los cielos. (Fragmento)

Todos los meses atravieso puntualmente un estado anímico que he denominado como “el periodo-Manzanillo”. Son tres o cuatro días durante los cuales me muestro apático, taciturno, ensimismado. Me preguntan qué me pasa y no sé exactamente la respuesta. Todo parece indicar que se trata de una especie de crisis nostálgica, pues durante esos extraños días no dejo de pensar con intensidad en Manzanillo, la ciudad donde nací en 1975, y de la cual me marché hace cerca de veinte años. No soy del mismo centro de Manzanillo sino de San Antonio, barrio que se encuentra a unos cinco kilómetros de esa ciudad y forma parte de una zona rural que se llama Palmas Altas y contiene a su vez a otros barrios: Las Guasasas, Cuentas Claras, El Callejón de Mario León, Moscú, La curva de Turriaga, El último recurso, entre otros que se le han añadido con el tiempo. No sé cómo me fui acostumbrando a decir que vivía no en San Antonio, sino en Palmas

Altas. Acaso fue una renuncia inconsciente a lo preciso de la primera denominación, por lo precioso, lo auténtico de la segunda.

Ante la necesidad de hacer una caracterización física de San Antonio, menciono en primer lugar el callejón que lo atraviesa y lo configura, pues el barrio no es más que casas que se han ido levantando a sus lados. Casas de gente humilde. De campesinos, obreros o técnicos que trabajaban sobre todo en dos fábricas cercanas: la de acumuladores, única de su tipo en el país, y una de tubos para regadíos. A muchos de quienes estaban empleados en la de acumuladores de vez en cuando se les diagnosticaba exceso de plomo en el cuerpo y yo pensaba que la persona entonces se recubría de este metal. Eso me inquietaba tanto que una vez soñé que ya era adulto y traía puesto el overol de la fábrica, me veía caminando con dificultad, rígido como un robot, todo mi cuerpo de plomo. El callejón, que en su totalidad no llegaba a los dos kilómetros de largo, se abría a un costado de la carretera central. Inicialmente fue solo relleno de tierra caliza, luego lo asfaltaron, a principios de los años ochenta, lo que facilitó cierta novedad: la guagua de San Antonio. Durante esa época, en Manzanillo pusieron varias rutas de ómnibus Girón desde el centro de la ciudad hasta barrios rurales, entre ellos el nuestro. Al principio, los muchachos, y algunos adultos también, teníamos como entretenimiento esperar la guagua en la entrada del callejón y dar la vuelta al barrio en ella, gritando, saludando desde las ventanillas al resto de los vecinos que desde sus casas hacían lo mismo en un cándido espectáculo. A veces algún pasajero pedía al chofer que se detuviera para dar un mensaje a alguien que acababa de ver por la ventanilla. A la vuelta, ya de salida, nos bajábamos en escandaloso tropel. Pasado el tiempo, faltaría el combustible, desaparecería la guagua y el propio callejón comenzó a deteriorarse, al punto que hoy casi ha vuelto a ser el terraplén de un inicio.

A sus lados, el callejón ha sufrido cambios propios de una comunidad que necesariamente se transforma, evoluciona, crece. Ya no está el cañaveral del viejo Prisciliano donde los muchachos se introducían, a escondidas, a jugar a “los bandidos y los policías” o a “los alzados” (como parte de este último entretenimiento comíamos tal cantidad de cañas que parecíamos “auténticos” alzados). Ya no están el potrero donde pastaban los ovejos de mi padrino Rondo o la porción de tierra cubierta de breñas que había poco antes de llegar a la escuela. En esos terrenos se han levantado nuevas casas que ya se integraron al barrio, en el que algunas de las construcciones de antes se transformaron y otras desaparecieron. Ya no está tampoco gente para quienes ese callejón fue su vida. No están el propio Prisciliano, que murió hace poco, con cien años de edad, ni mi padrino Rondo. No están Elisa, Gloria, Nivia, Telli (el que dramáticamente se atoró con un trozo de carne en la garganta mientras comía), Esperanza la Flaca (la diferenciación era imprescindible pues en el barrio había también una Esperanza la Gorda, que todavía vive), Ángela Meriño (que gustaba masticar tabaco), Eloína, Mercedes, Nelio (que se fue para Miami y murió imprevistamente, de un infarto, mientras visitaba el barrio), María Rosa, Antonio

Escalona, José Escalona, Luis Vázquez, Miguel el Guagüero, Pedro (pisoteado por un caballo)... No está la vieja Inés, que vendía durofríos de leche condensada reconocidos como los mejores del barrio, si bien nunca los probé porque como ella vivía muy cerca de mi casa, yo podía perfectamente las largas ráfagas de ventosidades que en cualquier momento del día o la noche lanzaba Fengue Zamora, su marido, detalle que terminé asociando con sus durofríos, por lo cual estos supuestos manjares me daban asco. No está X., una síndrome de Dow sobre la que se rumoraba que solía defecar encima de la mesa del comedor y que uno de sus tíos le había sacado algunas muelas defectuosas usando una pinza de electricista, y a sangre fría.

No está José Antonio, mi primo, el que tiernamente capturaba libélulas en el patio de mi casa para regalármelas, el que inesperadamente degolló con un machete a Daisy la Gallega, su exmujer, y una vez consumado este acto, se ahorcó en una mata de mango. No está Luis Escalona, mi tío-abuelo, que tenía una casita llamada "La tortuga", en la que se jugaba dominó todas las noches. No está mi tía-abuela Baldomera, espiritista de cordón como gran parte de mi familia, curandera a la que mi madre acudía tan pronto yo enfermaba, lo que me producía cierto desagrado pues cuando Baldomera dándome vueltas me santiguaba con unos gajos de albahaca, yo acababa empapado no solo por el agua con que mojaba estos sino también con la saliva que ella esparcía a diestra y siniestra, como un aguacero, mientras repetía, como parte de aquella "liturgia", unos extraños sonidos guturales: "Ji, Jan, jia; Ji, Jan, jia". No está mi madre, Digna Rosa Díaz, maestra de la escuela primaria del barrio y un ejemplo de persistencia frente a la vida. Desde que cumplí unos meses de nacido, se separó de mi padre, Luis Céspedes, un estibador de la Empresa de Bebidas y Licores de Manzanillo, y a partir de ahí me crió sola por completo. Años después se casó con otro hombre, Román Milán, primero albañil y luego consagrado machetero millonario, con el que tuvo a mis hermanos Yoandris y Kenia, y del que también acabaría separándose en poco tiempo. Desde entonces mi madre solo tuvo vida para nosotros. Yo fui hijo único hasta los diez años. De esos tiempos tengo recuerdos muy gratos. Mi madre y yo íbamos todos los fines de semana "al pueblo", como se decía en el barrio cuando uno visitaba la ciudad de Manzanillo. Me llevaba al cine, al parque Masó (parque zoológico y de diversiones) y luego almorzábamos en la pizzería o al restaurante del hotel Casablanca, donde me enseñaba a utilizar los cubiertos. En la tarde, casi siempre aprovechaba la estancia en Manzanillo para comprar en el llamado Mercado Paralelo una o dos libras de jamón, queso y alguna otra cosa que se le presentara. Después íbamos al parque Céspedes. Yo comenzaba a corretear detrás de los gorriones, entre los bancos, las fuentes de agua y la glorieta, uno de los símbolos más representativos de la ciudad. Frente a la glorieta, construcción de estilo morisco, se apostaba un fotógrafo de cajón con mucha demanda. Con la glorieta ocurría como con el Capitolio, todo el mundo que no era de la ciudad iba retratarse allí con ella de fondo. Era la foto del guajiro. Yo, por cierto, me hice una. Lamentablemente se me extravió pero la recuerdo muy bien. Tenía puesta una camisa de encaje y sujetaba contra mi pecho una ametralladora de juguete que mi

madre me acababa de comprar. Había una gran sonrisa en mi rostro: lo que se hallaba en mis manos no era un arma cualquiera sino un verdadero trofeo de guerra alcanzado en medio de una cola multitudinaria frente a la tienda El Escudo Cubano, donde se vendían, en una fecha determinada, los tres juguetes que se podían comprar con la tarjeta de racionamiento de productos industriales. ¡Tres juguetes para todo el año! En esas idas “al pueblo” había algo que me aterraba: un encuentro con Esperancita la Loca. Me ponía los nervios de punta lo que hacía cada vez que estaba frente a un rubio (niño o adulto). Yo entonces tenía el cabello medio amarillento, por lo que calificaba entre los que provocaban en Esperancita tal reacción. Por lo general, digamos que en su actitud “normal”, cotidiana, ella no hacía otra cosa que acercarse a la gente y decir: “Ando perdía, ando perdía”, para luego seguir caminando sin esperar respuesta, sin causar ningún problema. Pero cuando veía a un rubio corría hacia él y apretándose sus genitales con las dos manos, grotescamente, le pedía una y otra vez, con insistencia: “Rubio, chúpamela; rubio, chúpamela”. Acabo de caer en lo mismo de siempre: cada vez que digo “Manzanillo”, “San Antonio”, “Palmas Altas”, comienzo a evocar su pasado. Es algo que durante la infancia consideraba una absurda manía de los adultos. Era una aversión compartida entonces con los demás muchachos. Uno de los peores sucesos que podían pasarnos era que mientras acompañásemos a nuestros padres, estos se encontraran con otro adulto y empezaran a conversar sobre “lo viejo”. Si era a un paseo a lo que íbamos, podíamos tener la certeza de que se nos acababa de acortar en tiempo: las chácharas se extendían más de la cuenta. Ahora soy yo el que está en el bando de los adultos, rumiando lo que ya fue.

[subir](#)



Edición: Juventina Soler Palomino. Diseño: Jaime Pérez. Composición Digital: Alex Delgado.

Estos textos pueden ser reproducidos libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

UNEAC, Granma 2015.

